

**El papel de los afectos
en relación con la acción**

Domingo Boari

**Fundación Luis Chiozza
6 de abril de 2001**

TRAZO ESQUEMÁTICO DE LA DIFERENCIA CONCEPTUAL ENTRE LOS AFECTOS Y LAS ACCIONES

Sabemos distinguir perfectamente el **hacer** del **sentir**. Pero cuando, a los fines de elaboraciones teóricas, queremos trazar una diferenciación prolija entre afectos y acciones, necesitamos precisar algunos conceptos.

El propósito de este apartado es diferenciar de la manera más nítida posible los conceptos de acción y afecto. A los fines de ganar claridad, se deja de lado la patología excepto en los párrafos en los que explícitamente se la menciona.

1. Una primera diferencia. Partimos de la diferencia que traza Freud (1915e): “La afectividad se exterioriza esencialmente en una descarga motriz (secretoria, vasomotriz) que provoca una alteración (interna) del cuerpo propio sin relación con el mundo exterior; la motilidad, en acciones destinadas a la alteración del mundo exterior” (pág. 175).

2. Relación de los afectos y las acciones con la conciencia. Freud afirma que “Mientras el imperio de la Cc sobre la motilidad voluntaria es muy firme (...) su gobierno sobre el desarrollo de afecto es menos sólido” (1915e, pág. 175).

Es decir que la voluntad nos permite evitar acciones, pero, en cambio, los sentimientos pueden llegar a la conciencia sin el consentimiento pleno de la voluntad —o aún en contra de ella—.

Además, según el pensamiento de Freud, las emociones, afectos o sentimientos no pueden ser inconscientes: Explica que la misma denominación de “sentimiento” conlleva la noción de conciencia. “**El hecho de que un sentimiento sea sentido y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia**” (pág. 173).¹ Esta afirmación también es válida cuando los llamamos **afectos**, porque nos **afectan**; o **emociones**, porque **mueven** nuestro ánimo.

De acuerdo con este pensamiento, para Freud, dentro del sistema *lcc* **sólo** hay **formaciones de afecto**, que tienen la **posibilidad de plantearse o no**. Es lo que Chiozza (1976c) denomina **estructura disposicional inconsciente** para los afectos. En otras palabras, en lo inconsciente el afecto está como potencia, no como acto.

3. Acciones inconscientes. Si, estrictamente hablando, no hay afectos inconscientes, ¿ocurre lo mismo con las acciones? ¿Podemos hablar de acciones inconscientes?

¹ (El destacado no corresponde al original.) Freud agrega que dado que “la sofocación del desarrollo de afecto es la meta genuina de la represión, (...) llamamos ‘inconscientes’ a los afectos que volvemos a poner en su sitio tras enderezar lo que el trabajo represivo había torcido” (1915e, pág.174).

Aparentemente no. De acuerdo con la metapsicología, el concepto de acción, por su naturaleza, se liga al concepto de polo motor, por eso “el imperio de la Cc sobre la motilidad voluntaria es muy firme” (1915e, pág. 175).

Sin embargo, el concepto de acción no tiene por qué quedar pegado a la motilidad voluntaria. Si pensamos en los hábitos aprendidos, como por ejemplo conducir un auto o andar en bicicleta, podemos ver que en esos casos la conciencia participa en mínimo grado. Como se suele decir, la conciencia (decisión voluntaria) “tiene la llave”, porque es la que autoriza o no, que la acción se realice; pero después, cuanto más uno quiere prestar atención a lo que hace cuando pone en práctica un hábito, mayor es el riesgo de cometer un error. Es decir que cuando menos interviene la conciencia, más eficaz suele ser la acción.

Otro ejemplo acabado de acción inconsciente, extraído de la psicopatología, es el acto fallido. En ese caso se evidencia que la intención inconsciente se cumple con eficacia y precisión, no sólo sin la participación de la conciencia, sino en contra de ella.

4. Las funciones fisiológicas como acciones. Con este criterio, también las funciones fisiológicas son acciones. Equivalen a hábitos aprendidos en la filogenia y hoy son automatismos heredados que continúan cumpliendo su tarea.

“Las funciones fisiológicas son acciones tendientes a un fin”, dice Chiozza (1995v, pág. 347), y agrega que ese fin, o *telos*, que constituye la justificación de la función, coincide con lo que Freud describe como meta pulsional (1995u).

Se puede decir que cuando las funciones fisiológicas se cumplen, se satisfacen metas pulsionales mediante automatismos heredados, sin la participación de la conciencia, que en este caso ni siquiera interviene para autorizar la acción.

5. Acciones fisiológicas y afectos: su clave de inervación. Pero sabemos que las mismas funciones fisiológicas que son acciones, son también, **al mismo tiempo**, elementos de las claves de inervación de los diferentes afectos. Así, “la función T4 forma parte de la clave de inervación del sentimiento de pertenencia”, pero también es una acción, ya que “la función T4 normal, (...) se utiliza en forma constante para discriminar entre lo familiar y lo extraño” (Chiozza y col., 1997b, pág. 267).

Esta coincidencia entre acción y afecto había sido tempranamente descrita en la teoría chiozziana: “la envidia, además de constituir un impulso, (...) adquiere la fuerza de una acción o mecanismo del yo: el envidiar. Esta interpretación queda apoyada también por la misma existencia del verbo envidiar, que como todo verbo transitivo supone una acción sobre objetos” (Chiozza, 1970d [1966], pág. 98).

También Gustavo Chiozza (2000, pág. 168) señala esta equivalencia: las acciones heredadas, que en el pasado filogenético deben haber sido voluntarias y conscientes, ahora “son justamente acciones vegetativas; es decir los afectos”.²

² Grus (2001), en un trabajo reciente, desde un ángulo diferente, se ocupa de las claves de innervación de la acción, del afecto, del pensamiento, de la percepción y de la evocación.

6. El acto pleno de sentido. Afirmar que una función fisiológica es al mismo tiempo una acción y un afecto requiere una aclaración. Cabe imaginar que, en tanto automatismos heredados, se trata de acciones ensayadas y corregidas por las sucesivas generaciones y que llegaron a ser tan pulidas en su eficacia que ya no requieren en lo más mínimo de la intervención de la conciencia. Normalmente funcionan “a la perfección” dentro de los límites considerados fisiológicos. El fracaso de una función fisiológica pertenece al capítulo de la patología y comprendido su sentido, equivale a un acto fallido (Chiozza, 2001).

Pero precisamente, por la eficacia que han logrado, a ellas cabe aplicarles con toda rigurosidad la afirmación de Chiozza y colaboradores (1993g): “Cuando la descarga eficaz resulta lograda, el remanente afectivo queda integrado con la acción, **constituyendo un acto pleno de sentido**” (pág. 203).

En el **acto pleno de sentido**, acto en el que la eficacia es lograda, **acción y afecto se integran hasta el punto de volverse indiferenciables**. En el caso de las acciones fisiológicas, cuando todo se cumple acabadamente, la conciencia no registra ni la acción ni el afecto. En ese caso, diferenciarlos es aún más difícil y, tal vez, innecesario.

7. La diferencia a partir de la eficacia. Si quedan integrados en el acto pleno de sentido, ¿cuál es entonces la diferencia entre afectos y acciones eficaces? La diferencia surge cuando comenzamos a considerar la eficacia.

El esquema general dentro de la teoría chiozziana es bien conocido. 1) Cuando la función se cumple como acción plenamente eficaz, no hay registro de sentimiento en la conciencia. 2) Cuando la eficacia no es plena, el aumento o disminución de la función, dentro de límites fisiológicos, es registrado por la conciencia como un sentimiento normal y conciente. 3) Cuando el aumento o la disminución de la función son patológicos, la eficacia es insuficiente y la conciencia ya no registra un afecto o sentimiento sino una afección.³

8. La diferencia conceptual más importante entre acción y afecto. De acuerdo con lo dicho, el criterio para diferenciar acción y afecto es la eficacia y la conclusión, conocida: la diferencia fundamental es que las acciones cancelan la excitación en la fuente, los afectos, aunque son descargas, no.

Volvamos a la diferencia que señalaba Freud. ¿Qué significa que los afectos alteran “internamente” el cuerpo propio y las acciones alteran el mundo “exterior”? Esta afirmación sirve, como decíamos al comienzo, para una primera diferenciación grosera, pero nada más. Notemos, por ejemplo, que la mayor modificación “inter-

³ Tanto el aumento como la disminución de la función fisiológica, desde el punto de vista metapsicológico, se describen como “**aumento** de la investidura”. Por ejemplo, el “aumento” y la “disminución” de la actividad insulínica, corresponden a “sobreinvestiduras” de un elemento de la clave de inervación del sentimiento de propiedad (o impropiiedad). En la desestructuración del afecto hablamos de sobreinvestidura de ese particular elemento de la clave de inervación a través del cual se drena toda o la mayor parte de la excitación, aunque la patología de que se trate corresponda a una hipofunción.

na” del cuerpo propio se logra a través de la acción, que cancela la excitación en la fuente “corporal” de la pulsión.

Recurriendo a un símil podríamos decir que los afectos equivalen a intentar vaciar un recipiente con una manguera de drenaje cuya extremidad de descarga termina dentro del mismo recipiente que se pretende vaciar (o en algún otro recipiente próximo); o sea, es una descarga que recarga el sistema (Cfr. Chiozza, 1976c, pág. 221). Mediante la acción eficaz, en cambio, se logra drenar “hacia fuera” gran parte del contenido del recipiente.

Este símil tópico tiene, sin embargo, el mismo inconveniente que encontramos en las definiciones de Freud: “Adentro”-“afuera”, “interior”-“exterior” son metáforas poco aptas cuando de lo psíquico se trata (Chiozza, 1991b). Más claras son las polaridades yo-mundo o sujeto-objeto (Chiozza, 2000a, pág. 253), establecidas a partir de la experiencia de percibir un objeto o la de ser sujeto de una sensación (Chiozza, 1998, pág. 360).

Con este último criterio, para ser eficaz y cancelar la excitación, la acción, debe descargarse **sobre un objeto de la percepción, presente en el mundo**: el objeto suficientemente adecuado a cada pulsión. Si no hubiera un objeto, no habría eficacia, porque “el objeto de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar la meta” (Freud, 1915c, pág.118).

Este criterio también debe ser válido para los automatismos vegetativos. Cuando el linfocito T4, ejerciendo su función, contribuye a realizar una buena discriminación entre lo familiar y lo extraño, tiene que haber, para la “percepción” del sistema inmunitario, un “objeto” extraño a ser discriminado. Si operara sobre una estructura propia, considerándola extraña, no sería acción eficaz, sino patología.⁴

9. La eficacia y la eficacia relativa. Cuando una pulsión se descarga sobre el objeto adecuado, la excitación disminuye por debajo de cierto umbral y esa pulsión pierde su perentoriedad, su urgencia. **Esta no urgencia es lo que se experimenta como cese de la estimulación en la fuente.**

Llamamos acción eficaz a aquella que logra que determinada pulsión disminuya por debajo del umbral que la hace registrable para la conciencia.

Sin embargo dos argumentos llevan a decir que la eficacia siempre es relativa. Primero, porque por debajo del umbral, queda, de todos modos, un remanente que, aunque la conciencia no lo registre, subsiste insatisfecho. Segundo, porque cuando una urgencia provisoriamente satisfecha desaparece de la conciencia, aparece otra, provocada por la satisfacción anterior, o, sencillamente, porque la conciencia queda libre para ocuparse de otra urgencia que esperaba su oportunidad. Por eso, la plena eficacia es una utopía, o, en otras palabras, **la ineficacia es parte normal de la vida, aun cuando todo funciona bien.**

⁴ En el caso de las acciones fisiológicas una parte del cuerpo propio puede ser el agente de la pulsión y otra el objeto adecuado. Por ejemplo, la arteria ejerce la función de presión sobre la sangre, que es su objeto. El criterio es análogo al que utilizaba Freud para considerar a las heces como objeto de la pulsión anal.

10. La conciencia y la ineficacia. Los hábitos y las cosas en las que estamos más capacitados no nos exigen demasiado. Cuanto mayor es la repetición, menor el esfuerzo y más garantizado el resultado. En cambio, las cosas con las que sólo “estamos pudiendo” reclaman toda nuestra atención.

Chiozza (1995*u*, pág. 327) se apoya en Schrödinger (1958) para afirmar que “aquello que se sabe es inconciente, y conciente, en cambio, lo que debe aprenderse porque configura un “problema” a decidir en la relación con el mundo. De modo que no sólo el pensamiento, sino también la conciencia, deben sus orígenes a una frustración.” La conciencia participa en aquellas cuestiones que un organismo debe resolver en su vida individual (Chiozza, 2000*b*).

Siguiendo esta idea vemos que lo que más ocupa nuestro pensamiento y nuestra conciencia es la frustración, el fracaso en el logro de la eficacia. **La mayor parte de nuestro trabajo normal, voluntario y conciente, se desarrolla en los confines de nuestra capacidad.** Y justamente ahí, en los límites de nuestro poder y nuestro no poder es donde la ineficacia aparece con más frecuencia. El fracaso de las acciones voluntarias y concientes no necesariamente pertenece a la patología.

11. La eficacia y los afectos. A partir del señalamiento de Rapaport (1962) de que el desarrollo de afecto se incrementa cuando se aumenta la frustración, Chiozza, (1976*c*) propone la consideración de una serie complementaria entre acción y afecto. Por eso (Chiozza, 1995*g*), dado que el afecto tiende a incrementarse cuando la acción no es eficaz, “la emoción crece en proporción inversa a la eficacia del acto”. Concluye que, “más allá de toda consideración peyorativa, (...) **la emoción es, primariamente, el testimonio de una ineficacia**”.

Paradójicamente, el ser testimonio de una ineficacia es lo que le otorgará al afecto un lugar en el concierto de la satisfacción de las necesidades vitales. Chiozza y colaboradores (1993*g*), —a partir de la idea de Freud (1850*a*) de que la descarga afectiva cobra una función secundaria al llamar la atención del objeto auxiliar y sirve para el entendimiento con los otros— afirman que “De este modo los afectos configuran, en un cierto sentido, a los fines de la comunicación, una acción eficaz” (pág. 204).

Las acciones voluntarias y concientes son acciones que “estamos aprendiendo” en nuestra vida individual, de modo que es natural una cuota de fracaso. Estas acciones se acompañan entonces del afecto correspondiente, que también es conciente, y resulta posible diferenciar lo que es acción eficaz de lo que es afecto, testimonio de lo no logrado.

Síntesis I

- **La acción eficaz**, específica para cada pulsión, cancela la excitación en la fuente, actuando sobre un objeto de la percepción, presente en el mundo, suficientemente adecuado a cada pulsión o necesidad.
- **El afecto** se descarga en ausencia del objeto de la percepción, y recae sobre el cuerpo propio. No cancela la estimulación en la fuente sino que incrementa la frustración, pero presta el beneficio de testimoniar una ineficacia.
- En **el acto pleno de sentido**, acto en el que la eficacia es lograda, acción y afecto se integran hasta el punto de volverse indiferenciables. Las funciones fisiológicas son el mejor ejemplo de acto pleno de sentido.
- **Las acciones voluntarias y concientes** son acciones que estamos aprendiendo en nuestra vida individual. Conllevan un grado natural de fracaso que se descarga como afecto conciente. En estos casos es posible diferenciar con nitidez acción y afecto.

II

LA UNIDAD FUNCIONAL ACCIÓN-AFECTO

El sentido del pensamiento en función de la acción, o, si se quiere, la unidad funcional pensamiento-acción fue siempre subrayada por el psicoanálisis: el pensar es un ensayo de acción —tentativo, a pequeña cantidad— hecho a los fines de que sólo se autorice la descarga plena cuando se considere que la acción prevista es la mejor.

La relación de la acción con el afecto, en cambio, había quedado más implícita. El interés por el tema hizo que en los últimos años se presentaran, dentro de nuestro grupo, diferentes trabajos que apuntan a esta cuestión.

En el apartado anterior procuramos marcar las más nítidas diferencias posibles entre afecto y acción, al punto que desde la perspectiva de la eficacia y del objeto presente en el mundo parecen constituir polos opuestos.

Inversamente, haremos ahora un breve recorrido por los desarrollos teóricos que subrayan los conceptos que recalcan la integración de la acción y el afecto como una unidad funcional.

1. El afecto angustia como necesidad biológica

La mayor parte de sus desarrollos teóricos de Freud sobre las emociones se vinculan al papel que tienen en la patología.⁵ No obstante, siempre consideró los afectos como parte de **los procesos psíquicos normales**.

Por ese motivo, desde un **enfoque metapsicológico**, el **monto de afecto** forma parte natural de la agencia representante de pulsión. Dejemos de lado por ahora la idea de Freud de que **en la patología**, el proceso represivo obliga a seguir “por separado” los destinos de la representación de los del afecto.

Subrayemos, en cambio, la unidad que observaba entre idea y afecto: “Este [el desarrollo de afecto] es visto como una operación motriz o secretoria, la clave de

⁵ El enorme interés de Freud por los afectos surge de su estudio de la patología neurótica. En los primeros escritos, el interés por los sentimientos provenía del hecho de que los síntomas de la histeria eran comprendidos como consecuencia de afectos no desfogados oportunamente (Breuer y Freud, 1893). Posteriormente (1915*d*; 1915*e*), los afectos fueron tema de su interés en relación con la represión, cuyo motivo es, justamente, evitar el desarrollo de un sentimiento penoso. Por otra parte, el afecto mejor estudiado por Freud (1926*d*) fue, como sabemos, la angustia. Pero precisamente —sea como consecuencia de la represión, en la primera teoría, o como la señal que ponía en marcha el proceso defensivo, en la segunda—, la angustia fue considerada fundamentalmente en relación con la neurosis.

cuya inervación se sitúa en las representaciones del inconciente (Freud, 1900a, pág. 573).⁶

En cuanto a la utilidad o beneficio que pueden prestar los afectos podemos consignar:

a) Cuando Freud considera **el origen ontogenético** de los sentimientos, afirma que, al no poder llevar a cabo la acción específica, el niño deriva la excitación sobre el cuerpo propio y consigue, mediante esa alteración interior, el auxilio ajeno. Es decir que el afecto deviene una señal para el objeto auxiliar. “Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*; o comunicación}” (Freud, 1950a, ps. 362-3).

Aquí la descarga afectiva aparece **en lugar de** la acción específica, pero de todos modos, por un camino indirecto, resulta beneficiosa. Es, como dice Freud, una “función secundaria” —en el sentido temporal, porque viene después—, pero “importante en extremo” por el beneficio que presta.

b) En *La interpretación de los sueños* apunta que “El pensar tiene que tender (..) a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal” (Freud, 1900a, pág. 592).

Freud anticipa aquí su desarrollo sobre el afecto como señal, desarrollo que cobrará toda su importancia cuando estudie con profundidad el afecto angustia en su función de señalar el peligro.

c) En 1926, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud invierte un planteo suyo anterior y comprende que la angustia precede a la represión, ya que como angustia señal pone en marcha el movimiento defensivo. Al explicar su idea sobre la angustia señal, luego de comparar el afecto con un ataque histérico, Freud escribe:

“...cuando un individuo cae en una nueva situación de peligro, fácilmente puede volverse inadecuado al fin que responda con el estado de angustia, reacción frente a un peligro anterior, en vez de emprender la reacción que sería adecuada ahora. Empero el carácter acorde a fines vuelve a resaltar cuando la situación de peligro se discierne como inminente y es señalada mediante el estallido de angustia. En tal caso, esta última puede ser relevada enseguida por medidas más apropiadas. Así, **se separan dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo.**” (Freud, 1926d, pág. 127-8).⁷

Según este texto, la angustia, **puede**, en ciertas condiciones, convertirse en ventajosa, útil, acorde a fines. Pero Freud va más allá.

⁶ Como veremos, esta es una de las ideas en las que se apoya Chiozza (1976c [1974]) para mostrar que el monto de afecto, bien comprendido, no es mera cantidad sino que forma una unidad indisoluble con la idea en la que reside su clave de inervación.

⁷ El destacado no pertenece al original.

“En el hombre y en las criaturas emparentadas con él, el acto de nacimiento, en su calidad de primera vivencia individual de angustia, parece haber prestado rasgos característicos a la expresión del afecto de angustia. Pero no debemos sobreestimar este nexo ni olvidar, admitiéndolo, que **un símbolo de afecto para la situación de peligro constituye una necesidad biológica** y se lo habría creado en cualquier caso” 1926d, pág. 89).⁸

Aquí, **desde el punto de vista de su origen**, el afecto angustia parece adquirir su función de una manera indirecta: el yo aprendió secundariamente a usar como señal una descarga que le sucedía sin que él se lo proponga.

Pero **desde el punto de vista de su función**, este afecto constituye una **necesidad biológica** y fue montado ya desde su origen con la intención de servir para señalar el peligro. El conservar como reminiscencia restos de acciones otrora eficaces no habría sido, entonces, un suceso indeseado, sino un ingenioso recurso de la vida que conservó un recuerdo –y la disposición a actualizarlo con suficiente intensidad– para que le sirva de señal cuando se le presenten situaciones vitales de significado equivalente; en el caso de este afecto, la situación de peligro.

Como el afecto angustia es el mejor estudiado por Freud suele utilizarse como modelo para el estudio de otros afectos. Es dable imaginar que no sólo la angustia sino todos los afectos fueron ensamblados a partir de necesidades biológicas.

2. La significancia del significado

Las ideas más relevantes de Chiozza acerca de la función o el sentido de los afectos son, a mi entender, las que se refieren a los sentimientos en relación con la **cualidad y la significación**.

Apoyado en una epistemología que permite comprender la unicidad más allá de los fenómenos que la conciencia observa, Chiozza sostiene que “La estructura disposicional afectiva inconsciente desde el punto de vista cualitativo, se encuentra “contenida” en la misma idea inconsciente, ya que la forma de esta idea constituye la “clave” de la inervación capaz de desarrollar el afecto.” (1976c, [1974], pág. 221) y concluye que “la distinción entre afecto e idea no corresponde a la existencia de categorías diferentes fuera del ámbito de la conciencia, sino a las distintas manifestaciones conscientes de un proceso que es complejo y unitario.” (pág. 223).

En otras palabras, el afecto, observable al mismo tiempo como descarga somática y como significado, aparece como una especie de “bisagra” que articula los territorios que la conciencia categoriza como “lo psíquico” y “lo somático” (Chiozza, 1986a).

Deshace de este modo el malentendido de que el afecto es pura cantidad. Por el contrario, Chiozza (v. gr. 1998) sostiene que el afecto posee una doble faz: es una **descarga actual** que indica la inmediatez, el “ahora” y, al mismo tiempo, la descarga tiene una **particular “figura” que es su significación o su sentido**.

⁸ El destacado no pertenece al original.

Deshecho el malentendido, es posible volver a mirar la diferencia entre idea y afecto para observar la función de este. En tal sentido, para Chiozza las ideas, los conceptos, las representaciones son significado, en tanto que **el afecto constituye la significancia, la importancia del significado** (1995g).

Es decir que si las ideas son las que representan los diferentes **significados**, el afecto, el “monto” o “*quantum*” de afecto de cada una de ellas, es lo que determina, entre los significados, cuál es el que ahora tiene **significancia**.

El beneficio, la ventaja biológica del afecto, radica precisamente en su función de señalar dónde reside ahora la importancia. Sería inútil que supiéramos establecer claras diferencias entre las ideas si después no pudiéramos establecer, entre ellas, cuáles son las que importan.⁹

Los conceptos reseñados se refieren explícitamente a la relación entre afecto e idea. Aparentemente nos hemos alejado de nuestro originario interés, la relación entre afecto y acción. Sin embargo, cae de su propio peso que si las ideas son proyectos de acciones, saber, gracias a los afectos, cuáles son las que verdaderamente importan es absolutamente imprescindible para la eficacia buscada.

Tanto es así que Chiozza (1986a, pág. 99) concluye que no son las ideas las que mueven nuestro ánimo, **“lo que mueve (con-mueve) a nuestro ánimo, su acción es la emoción”**.¹⁰

⁹ Chiozza ha insistido mucho en la idea anticonsensual de que la plena eficacia no se registra como sentimiento o que la satisfacción es muda. “Si la acción fuera 'totalmente' eficaz —afirma (1995g)— no habría afecto. Esto parece absurdo, porque solemos pensar que, precisamente, el 'premio' de la acción eficaz es el afecto placentero. (...) El 'premio' de la acción eficaz es otro. Es hacer cesar la excitación en su fuente. Lo cual equivale siempre a la evitación de un sufrimiento (displacer) que sólo puede acompañarse de un afecto placentero cuando la descarga en la acción es incompleta”.

Habitualmente ejemplifica estos conceptos con expresiones del tipo “*Cuando digo ‘Qué rico que está el bife’ es que he comido un bocado de más*”; o “*Cuando digo ‘Qué bien estoy respirando hoy’, estoy sufriendo algún grado de disnea; cuando respiro verdaderamente bien no tengo noticia de mi respiración*”. **Subraya así que la declamación de sentimientos placenteros suele tener el sentido de ocultar una frustración latente.** (Cfr. Boari, 1999b)

A partir de estas ideas, por momentos llegó a producirse un malentendido: lo deseable es la eficacia, y todo sentimiento, indicio de que “algo está andando mal”. Así pensadas las cosas no habría lugar para un sentir saludable y normal.

Las ideas del autor que se reseñan en este trabajo muestran hasta qué punto el malentendido que señalamos va en la dirección contraria a su pensamiento. **¿Cómo se entiende, sino, por ejemplo, que el afecto es la significancia del significado y todas las implicancias que esta afirmación conlleva?**

¹⁰ En un trabajo anterior (Boari, 1999b) desarrollé con detalle de idea de Chiozza de que la emoción o afecto como motor del aparato anímico. Cabe consignar, de paso, que para el autor, el afecto placentero puede funcionar secundariamente de dos maneras: “Una de

En consecuencia, decir que el afecto es la significancia del significado es otra manera de decir que el afecto testimonia una ineficacia, porque cuanto más nos duele, nos afecta, nos conmueve una particular carencia, mayor será la significancia, la importancia del afecto que la delata.¹¹

3. El afecto y su función de señal

En un trabajo anterior (Boari, 1992*b*), interesado en comprender el sentido del sentimiento de culpa, escribí un pequeño apartado sobre “el mensaje de los afectos”. Apoyado en la idea de Freud de que la descarga afectiva originariamente sirvió de mensaje para el objeto auxiliar, sugerí que en la vida adulta el destinatario del mensaje de los afectos es el yo propio.

Apoyado también en la idea de Chiozza ya citada de que lo que mueve nuestro ánimo es la emoción, concluía que “todo afecto, siendo complementario de una acción, en la medida que es un afecto señal, es además una señal específica porque su mensaje indica cuál es la acción que el yo debe optimizar para evitar el fracaso” (pág. 24).

En trabajos posteriores (Boari, 1999*a*; 1999*b*) continué subrayando la idea de que los afectos, en condiciones normales o saludables, son **señales comunicativas dirigidas al propio yo, que sirven de guía u orientación** para que las acciones lleguen a ser eficaces cancelando la excitación en la fuente pulsional.

ellas, sana, como 'índice' de que la acción se encamina hacia la eficacia que aliviará la excitación; la otra, enferma, como un 'vicio' que nos aleja de la vida” (1995*g*).

¹¹ El lenguaje cotidiano y coloquial usa el concepto de cantidad tanto o más que la metapsicología cuando del afecto se trata. ¿Cómo explicar si no la cábala de deshojar una margarita? ¿Por qué nos importa “**tanto**”, “**cuánto**” nos quieren?

El diccionario (RAE, 1992) define cantidad como “propiedad de lo que es capaz de número y medida y puede ser mayor o menor que algo con que se lo compara”. En esta definición sobresalen el número y la medida, pero también el hecho de que **la cantidad es susceptible de comparación**. Comparar es “fijar la atención en dos o más objetos para descubrir sus relaciones o estimar sus diferencias o semejanza” (RAE, 1992).

Freud (1950*a*) describe el juicio como un proceso de comparación en el que la parte coincidente, constante, constituye la cosa del mundo, mientras que lo variable, lo **diferente**, configura el predicado, o sea, la cualidad. En principio, lo más primario, parece ser la noticia de una cualidad. Sin embargo, **en el mismo momento** que se estima una diferencia de cualidad, cobra importancia saber **cuánto** es la diferencia. ¿Es una cantidad tolerable o intolerable? La respuesta es fundamental para autorizar o no la acción. Pero, a su vez, tolerable intolerable vuelven a ser cualidades.

Cabe pensar que cuando la conciencia centra la atención en estimar diferencias de cualidad, permanece latente la importancia de la cantidad de esa diferencia. Cuando la conciencia se concentra en cuantificar una diferencia, desatiende la cualidad que está evaluando. Como paliativo para esta limitación, tiene la capacidad de alternar rápidamente de un foco de atención al otro.

Apoyado en la idea de Chiozza de que el afecto tiene una doble faz —es una descarga actual y posee una figura propia de cada afecto— subrayaba que el sentido normal de los afectos, su función saludable en la vida anímica, se trate de afectos placenteros o displacenteros, es: 1) por su actualidad, señalar una **urgencia**, algo que importa **ahora**, y 2) por su particular figura, indicar **el punto** en el que radica la urgencia. Es decir, **el afecto señala qué es precisamente lo que importa ahora**.

Cada afecto es una señal que debido a su cualidad particular, guía, orienta, señala con precisión la dirección de nuestro pensar y de nuestro obrar.¹²

4. El afecto como símbolo de la acción

Gustavo Chiozza (2000) toma la idea del afecto como señal dirigida al yo y se pregunta **cómo es que el afecto puede funcionar como señal para una determinada acción**. Afirma que “si un determinado afecto cumple la función de señalar la eficacia de una particular acción es porque, en sí mismo, posee una particular información acerca de aquella acción” (pág. 166).

Subraya la idea de Freud cuando, siguiendo a Darwin, afirma que los afectos son restos mnémicos de acciones antiguamente eficaces y semejan ataques histéricos universales y congénitos. Pero discute la interpretación, que suele deducirse de

¹² En la polaridad pensamiento-acción, se utiliza la metáfora de la “pequeña cantidad” —de ensayo, tentativa— para describir el pensamiento. A la acción, en cambio, se la describe como “descarga plena”. Chiozza (1995g) introduce la expresión “mediana cantidad” como modo de descarga del afecto.

Entiendo que el concepto de mediana cantidad surge no sólo por comparación entre la pequeña cantidad del pensamiento y la plena cantidad de la acción, sino también porque ese punto intermedio es el que permite que el afecto cumpla su función.

Si el afecto originariamente fuera a plena cantidad, sería una descarga más perjudicial que beneficiosa y nunca habría llegado a ser, como decía Freud, una necesidad biológica. Si fuera a pequeña cantidad, sería una señal o símbolo carente de la importancia que lo constituye en motor de la vida anímica.

La expresión “descarga plena”, más allá de cuánto es la cantidad, significa que la descarga es total. De modo que si el desarrollo de afecto es a plena cantidad, la descarga emocional se realiza **en lugar de** la acción eficaz correspondiente. La descarga mediana, en cambio, correspondería a aquella que no sustituye a la acción, sino que por el contrario, la señala, la incita, marca la importancia de realizarla **ahora**.

En la relación del afecto con la acción, el modelo físico de la complementariedad sólo significa que entre ambos consumen el ciento por ciento de la cantidad disponible para un fin determinado. Nada dice acerca de cuánto es el total de la cantidad. Por eso, poner mucho interés o pasión en algo, darle mucha importancia, no implica que, debido a la intensidad afectiva, disminuye nuestra capacidad para la acción. Por el contrario, el afecto intenso puesto en juego, la importancia que se le da a algo, puede incitarnos a sacar fuerzas de otros asuntos y aumentar nuestra capacidad de actuar en el propósito que ahora importa.

allí, de que los afectos, en tanto remanentes de acciones antiguamente justificadas, son “preparaciones” inadecuadas, inútiles para la acción eficaz actual.

Propone otra forma de representar ese concepto freudiano: así como lo que hoy es un automatismo fue en un pasado una acción conciente y voluntaria “del mismo modo podemos pensar —dice—, si nos remontamos aún más lejos en el tiempo, que las acciones que hoy son vegetativas fueron también alguna vez concientes. No en la prehistoria del individuo pero sí, en la de su especie. Por ejemplo cuando la musculatura lisa era una idea nueva; de avanzada” (pág. 167).

Podemos suponer, agrega el autor, “que las acciones más recientes, aquellas que son concientes y voluntarias, se ejecutan a partir de modelos heredados de antiguas acciones; estos modelos, que son los arquetipos de las acciones voluntarias son justamente las acciones vegetativas; es decir, los afectos” (pág.168).

De ahí que, en tanto arquetipo o modelo adecuado para tramitar la acción actual, el afecto sea un símbolo de la acción. Como tal, **“como símbolo, representante de una ausencia, el afecto es, primariamente, la información que necesita el yo para llevar a cabo la acción”** (pág. 170).¹³

Sin embargo, la conciencia puede interpretar al afecto no como un símbolo, sino como signo indicador de presencia y en ese caso, confundiendo el contexto, la descarga afectiva vegetativa equivale a un ataque histérico, que sustituye, con una acción anacrónica (el afecto), la acción que debería realizarse en las circunstancias actuales.

Concluye que el afecto tiene entonces la posibilidad de funcionar como símbolo y constituirse en mapa o modelo que señala y orienta las acciones del yo. Puede funcionar también como signo, como ataque histérico, como una descarga plena pero anacrónica.¹⁴

5. La acción como reedición modificada del afecto

En referencia a las ideas del punto anterior, Gustavo Chiozza (2000, pág.172) escribe que “Al recurrir a la postulación de un arquetipo (vegetativo) para la realización de las acciones (voluntarias) hemos utilizado una pauta conocida por el psicoanálisis: la idea de que todo lo nuevo es reconocido a partir de lo anterior.”

¹³ Tengo entendido que Luis Chiozza es plenamente solidario con la idea de que el afecto es un símbolo de la acción y que como tal posee información que necesita el yo para realizar la acción. Tengo entendido también que en comentarios realizados durante nuestro simposio de 2001, acotó que precisamente por ser un símbolo, construido sobre algo que “antes” fue eficaz, no es un mapa completo; posee información necesaria para la acción actual, pero no toda la información.

¹⁴ Estas dos posibilidades del funcionamiento de los afectos que señala Gustavo Chiozza parecen corresponder a las señaladas por Freud cuando describe “dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo” (Freud, 1926d, págs. 127-8).

Siguiendo estas ideas, en otra ocasión (Boari, 2000) consideré la posibilidad de que el afecto y la acción posean entre ellos una relación semejante a la de los contenidos de las diferentes retranscripciones a las que hace referencia Freud en la carta 52.

“... trabajo con el supuesto —decía Freud (1950a, [1896])— de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por una estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción*. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de una manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos” (pág. 274).

Y más adelante agrega:

“Quiero destacar que las transcripciones que se siguen unas a otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas. En la frontera entre dos de estas épocas tiene que producirse una traducción del material psíquico. Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior, y por los caminos de que entonces se disponía. Subsistirá así un anacronismo, en cierta provincia regirán todavía unos fueros, aparecen ‘*relictos*’” (pág. 275-6).

Estas afirmaciones de Freud están dichas en el contexto de explicar los diferentes sistemas del aparato psíquico: las huellas mnémicas inconcientes se retranscriben en representaciones preconcientes y ambas inscripciones poseen entre ellas una relación simbólica. El modelo parece coincidir punto por punto con la relación afecto-acción que sugiere Gustavo Chiozza.

Antiguas acciones eficaces, hoy acciones vegetativas o afectos, se retranscriben en acciones actuales y las simbolizan.

Las acciones actuales, en tanto retranscripciones de antiguas acciones eficaces en la filogenia, se configuran —como dice Freud— mediante el reordenamiento del material de esas antiguas acciones.

Pero hay circunstancias (cuando falta la retranscripción) en que las antiguas inscripciones subsisten como anacronismos o “relictos”. Esto es análogo, a mi entender, a lo que Gustavo Chiozza afirma acerca del afecto como signo o ataque histérico.

6. La unidad funcional acción afecto

Susana Grinspon (2001) por su parte propone un interesante enfoque para considerar la relación entre afecto y acción.

Parte de la idea de que, desde un modelo físico de pensamiento, en tanto son dos formas de descarga motora, acción y afecto constituyen una serie complementaria —como dice Chiozza—, serie que se explica en función de la eficacia relativa de la acción.

Analiza luego una definición de Chiozza y colaboradores (1993g, pág. 203):

“Cuando la descarga eficaz resulta lograda, el remanente afectivo queda integrado con la acción, constituyendo un acto pleno de sentido”.

Sostiene que en ese texto es dable observar “un pasaje desde el punto de vista físico (‘la descarga eficaz’) hacia el punto de vista del significado (‘un acto pleno de sentido’)”. Y subraya que en esta consideración el “remanente afectivo”, la “cuota” de afecto alude **al significado que se integra con la acción** (Grinspon, 2001. pág. 133).

Dado que el afecto al integrarse con la acción hace de ella un acto pleno de sentido, la autora destaca los significados de la palabra sentido en los escritos de Chiozza: “sentido es lo que siento y me afecta con la importancia de una carencia” y también es “la dirección en la que me encamino, la intención que guía mis actos, que los encadena en una serie psíquica” (Chiozza, 2000a, pág. 269, citado por Grinspon).¹⁵

Basada en esas ideas, Grinspon concluye que “**parece posible considerar la idea de ‘serie complementaria’ en el sentido de una unidad funcional**” y que así como no es posible concebir ideas desprovistas de afecto, “**tampoco parece posible concebir acciones, por eficaces que sean, desprovistas de afecto.**” “Las acciones más o menos eficaces en el mundo se configurarían en una ‘interfaz’ entre acción y afecto” (pág.133).¹⁶

Se deduce de la lectura del trabajo, que si el afecto es lo que otorga sentido a la acción, **una supuesta acción que no estuviera integrada con el afecto sería una acción carente de sentido.**

En otras palabras, a mi entender, el mérito del trabajo de Grinspon reside en desplegar el significado de lo que se halla condensado en la citada definición de acto pleno de sentido. Al comprender en profundidad qué significa la integración entre acción y afecto en el acto pleno de sentido, se hace evidente no sólo que el afecto

¹⁵ Agreguemos, para mayor claridad, el párrafo siguiente del texto chiozziano: “Esta doble acepción de la palabra ‘sentido’, que al igual que la palabra ‘entonces’ representa por igual al pasado y al futuro de lo que ‘a su hora’ (como en el italiano *allora*) fue o será, alude por sí sola a la significancia actual, a la importancia completa de un particular ‘ahora’. Así se explica que también utilicemos la palabra ‘sentido’ para referirnos al significado, que es la descripción intelectual y atemperada de una particular significancia” (Chiozza, 2000a, pág. 269).

¹⁶ Agrega que poner el acento en la acción o el afecto es consecuencia del modo habitual de proceder de nuestro intelecto que comprende comparando de a pares, binariamente. Esta forma de pensar, por enriquecedora que sea, no es la única. Y así como es posible escuchar por separado cada uno de los instrumentos de un concierto, también es enriquecedor escuchar el concierto como un todo.

es lo que le da sentido a la acción, sino que en este caso, el afecto no se experimenta como tal porque queda subsumido, por así decir, en el sentido del acto.¹⁷

Cuando una acción está totalmente automatizada y se realiza con eficacia, la hacemos sin necesidad de pensar. Esto no quiere decir que la acción carezca de una idea. La idea o pensamiento del cual esa acción es fruto, se encuentra contenido en la acción misma.

De igual modo, en el acto pleno de sentido, “plenamente” eficaz, el afecto parece ausente porque no se manifiesta a la conciencia como sentimiento, pero se encuentra contenido en el sentido de la acción.

¹⁷ Busch (200, pág. 74) estudia el tema de la eficacia y el sentido y concluye que "cuando la acción se cumple con eficacia su sentido se cumple y viceversa". Como vimos, concordante con lo que desarrolla Grinspon, cuando la acción es eficaz su sentido se cumple. Sin embargo, como se aclaró en ocasión de la presentación del trabajo, lo inverso no es igualmente válido, ya que una acción puede tener sentido y, no obstante eso, no alcanzar la eficacia deseada.

Síntesis II

- El afecto angustia es una necesidad biológica para señalar el peligro, y si no se hubiera ensamblado sobre el modelo del nacimiento, la vida habría encontrado, sea como fuere, alguna forma de construirlo. Algo semejante es dable imaginar para todos los afectos.

- El afecto posee una figura propia y es una descarga actual. Es testimonio de una ineficacia, delata una carencia. Precisamente por eso es lo que conmueve nuestro ánimo hacia la acción.

- Las ideas representan los diferentes significados. El afecto, el “*quantum*” de afecto de cada una de ellas, es lo que determina, entre los significados, cuál es el que tiene significancia. El afecto es la significancia del significado.

- El afecto es un mensaje para el yo. En tanto descarga actual señala una urgencia; por su particular figura indica el punto en el que esa urgencia radica. El afecto señala qué es precisamente lo que importa hacer ahora.

- La posibilidad de ser una señal específica le viene dada de su procedencia de origen: residuo de arcaicas acciones eficaces, es un símbolo, un modelo arquetípico de la acción que urge hacer en la actualidad. Pero esta cualidad de símbolo permite también que se lo interprete como signo, y por confundir el presente con una ocasión arcaica, se descargue como ataque histérico.

- Desde la perspectiva del significado, acción y afecto se copertenenen: constituyen una unidad funcional en la que el afecto es el sentido, la significación de la acción eficaz.

Así es inconcebible una acción sin afecto:

- Cuando la acción no es totalmente eficaz se acompaña del afecto conciente correspondiente, que, debido a su relación simbólica es capaz de servirle de señal, orientación o guía.
- Cuando una acción es plenamente eficaz, precisamente por ser eficaz, es una acción plena de sentido. En este caso, aunque la conciencia no registre un sentimiento, el afecto queda contenido, subsumido, por así decir, en el sentido del acto, comprendiendo por “sentido” lo que siento como carencia, la dirección que me guía y la significación de mi hacer.

Bibliografía

- Boari, Domingo (1992) "Más allá del sentimiento de culpa", Fundación Luis Chiozza. Abril de 1992.
- Boari, Domingo (1999a) "Sobre el sentido de los afectos", Simposio 1999, Fundación Luis Chiozza.
- Boari, Domingo (1999b) "Sobre el sentido de los afectos. Segunda comunicación." Fundación Luis Chiozza. 7 de mayo de 1999.
- Boari, Domingo (2000) "Nuevas consideraciones sobre el sentido de los afectos." Fundación Luis Chiozza. 5 de mayo de 2000.
- Breuer, J. y Freud, S. (1893) "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar", en *Obras completas de Sigmund Freud*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. II.
- Busch, Dorrit (2001) "Acerca de la eficacia y e sentido de las acciones". Simposio 2001, Fundación Luis Chiozza.
- Chiozza, Gustavo (2000) "El afecto como símbolo de la acción", Simposio 2000, Fundación Luis Chiozza.
- Chiozza, Luis (1970d) "El significado del hígado en el mito de prometeo", en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, Alianza Editorial, Bs. As., 1998.
- Chiozza, Luis (1976c) "La transformación del afecto en lenguaje", en *Cuerpo afecto y lenguaje*, Alianza Editorial, Bs. As., 1998.
- Chiozza, Luis (1986a) *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en cuerpo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1986.
- Chiozza, Luis (1991b) "Organsprache. Una reconsideración del concepto freudiano.", en *Dialogo psicoanalítico sobre psicósomática*, de Luis Chiozza y André Green, Paidós, Buenos Aires, 1992.
- Chiozza, Luis (1995g [1983]) *Reflexiones sin consenso*, en Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.
- Chiozza, Luis (1995u) "El psicoanálisis y los procesos cognitivos", en *Del afecto a la afeción*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 297-335.
- Chiozza, Luis (1995v) "La concepción psicoanalítica del cuerpo", en *Del afecto a la afeción*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 333-358
- Chiozza, L.; Boari, D.; Chiozza, G.; Corniglio, H.; Funosas, M.; Grus, R.; Pinto, J.; y Salzman, R. (1997b) "El significado inconciente específico del SIDA", en *Del afecto a la afeción*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, págs. 211-296.
- Chiozza, Luis (1998) "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo afecto y lenguaje* (Tercera Edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 359-371.

- Chiozza, L.; Barbero, L.; Casali, L.; Salzman, R. (1993g [1992]) “Una introducción al estudio de la clave de inervación de los afectos”, en *La transformación del afecto en enfermedad*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 191-245.
- Chiozza, Luis (2000a), “Fundamentos para una metahistoria Psicoanalítica”, en *Presencia, transferencia e historia*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, págs. 248-264.
- Chiozza, Luis (2000b) Conferencia “Fundamentos para una metahistoria Psicoanalítica”, dictada en la Fundación Luis Chiozza el 15 de diciembre de 2000.
- Chiozza, Luis (2001) Intervención en la reunión científica de la Fundación Luis Chiozza el 30 de marzo de 2001.
- Freud, Sigmund (1900a) *La interpretación de los sueños*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. IV y V.
- Freud, Sigmund (1915c), “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 105-134.
- Freud, Sigmund (1915d), “La represión”, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 135-152.
- Freud, Sigmund (1915e), “Lo inconciente”, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XIV, págs. 153-213.
- Freud, Sigmund (1926d [1925]) *Inhibición, síntoma y angustia*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. XX, págs. 71-164.
- Freud, Sigmund (1950a [1895]) “Proyecto de psicología”, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985. T. I, págs. 323- 446.
- Grinson, Susana (2001) “Notas acerca de la relación entre el afecto y la acción”. Simposio 2001, Fundación Luis Chiozza.
- Grus, Ricardo (2001) “Acerca de la relación entre la vivencia de satisfacción y las claves de inervación”. Simposio 2001, Fundación Luis Chiozza.
- Rapaport, D. (1962) “Teoría psicoanalítica de los afectos” en *Aportaciones a la teoría y técnica psicoanalítica*. Editorial Pax, México .
- Schrödinger, E. (1958), [citado por Chiozza en (Chiozza, 1995u)] *Mind and Matter*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977.